Domingo 1 de Adviento / B

1 lectura: Isaías 63,16b-17.19b; 64,2b-7
¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!

La primera lectura contiene diversos fragmentos de los capítulos finales del libro de Isaías, una obra compleja que se extiende desde los textos más antiguos, testimonio del gran profeta de Jerusalén del siglo VIII, pasando por la segunda parte (capítulos 40-55), que son los poemas de ánimo a los hijos de Judá deportados a Babilonia, y que acaba con una miscelánea de textos proféticos de época persa o del principio de la época helenística, como los que proclamamos hoy. Nos hallamos ante una plegaria dirigida a Dios por todo un pueblo desposeído de todo poder y oprimido. La voz profética que ruega, sin embargo, está convencida de que Dios puede intervenir para hacer la vida pacífica y gozosa. La vida sin Dios no se puede soportar; la vida con Dios puede ser completamente transformada. Este es el sentido de la plegaria que la liturgia de este primer domingo de Adviento nos ofrece.

El profeta recuerda que Dios ya ha «bajado» otras veces en la historia del pueblo, refiriéndose a los hechos del Éxodo-Sinaí, cuando Israel fue liberado y Dios les concedió la alianza, que les vinculaba profundamente. El Adviento es esperanza de que los hechos fundamentales de la memoria de Israel podrán ser actualizados: se trata de unos acontecimientos tan extraordinarios –«jamás oído oyó ni ojo vio»– que desafían cualquier otra categoría explicativa que no sea la de la fe. Aunque seguidamente la plegaria cambia de tono y pasamos a escuchar una confesión de culpa. Israel se ha vuelto «impuro», es decir, ritualmente inaceptable: ya no se puede presentar dignamente ante Dios.

El Señor no puede ni quiere venir en esta circunstancia del pueblo. Pero en esta situación desesperada, Israel es el pueblo que puede invocar a Dios por su nombre propio, el nombre de la alianza —«Señor»— y recordarle que él lo ha hecho; que él es el responsable de Israel y que Israel le pertenece. La profunda confianza que Israel ha aprendido a tener en su Dios, que ha conocido a lo largo de la historia, se encuentra contrapunteada por la profunda obligación que el Señor tiene para con Israel, como la que cualquier padre o madre experimenta para con su hijo o hija.

2 lectura: 1 Corintios 1,3-9
Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.

Estamos ante una salutación y plegaria de acción de gracias, típica de las aperturas de la mayor parte de las cartas de Pablo.

El texto, sin embargo, leído en el contexto del Adviento nos dice que nuestra vida la vivimos entre dos advenimientos: el de Jesús que ya ha venido, y el

que los cristianos esperamos. Se trata de un tiempo lleno de incertidumbres y ambigüedades, aunque Pablo recuerda que hay luz al final del túnel y que Dios no ha dejado de darnos los dones necesarios para la vida actual, porque «Dios es fiel» y por esto podemos confiar en él totalmente.

3 lectura: Marcos 13,33-37

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa.

Hoy proclamamos un fragmento del capítulo 13 del evangelio según Marcos, que contiene una profecía de Jesús sobre la destrucción del templo de Jerusalén y el retorno del Hijo del hombre. La parte final del capítulo es nuestra lectura, que habla de la necesidad de estar alerta. Los discípulos de Jesús han de estar constantemente vigilantes para que aquel momento no les encuentre desprevenidos.

El fragmento nos explica la brevísima historia de un hombre que «se fue de viaje y dejó su casa», pero en el aire se respira el clima del retorno. En la lejanía de su itinerario, ya ha decidido el programa de su vuelta. Será por sorpresa, pero con una certeza absoluta. La reacción de su gente no puede ser la del sueño, la indiferencia o la pereza. Cada uno ha de hacer con diligencia la tarea que le ha sido confiada: los criados las diversas tareas y el portero ha de velar.

Este capítulo de Marcos recuerda a la Iglesia que ha de estar siempre vigilando. Vivir en la Iglesia de Jesús es vivir dentro de la promesa de no ser dejado nunca solo. Los dos advientos de Jesús se encuentran vinculados: es preciso vivir en actitud de alerta y de esperanza. En un mundo en el que se oyen voces de toda clase de crisis –políticas, religiosas, económicas, ecológicas y sociales– el Evangelio nos da la serenidad de saber que «vendrá», aunque «no sabéis cuándo». La incertidumbre nos da seguridad –es una de las paradojas de la vida cristiana–; por eso solo es preciso que «velemos», porque solo Dios sabe la hora y todos vivimos en su tiempo, que para nosotros puede ser «al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer». El tiempo está en manos de Dios y no en la de los hombres; las seguidoras y los seguidores de Jesús sabemos que él no nos dejará solos y que no nos faltará la esperanza. Con estas certezas ya se puede vivir la vida entre los dos advientos.

Joan Ferrer

Domingo 2 de Adviento / B

1 lectura: Isaías 40,1-5.9-11
Preparadle un camino al Señor.

En el libro de Isaías, el poema que proclamamos hoy marca el fin del largo exilio del pueblo de Israel en Babilonia. Estos versos contienen un mensaje nuevo, completamente inesperado después del terrible silencio en que ha vivido el pueblo exiliado. Dios asegura que la suerte del olvidado pueblo de Judá está a punto de cambiar. No es de extrañar que todos los evangelios citen partes de este poema, que es aplicado a la novedad radical que comienza en la historia de Jesús.

Dios habla de nuevo en el silencio y la desolación del exilio. La primera palabra que escuchamos es: «Consolad»: el mensaje que Dios hace escuchar en el exilio es una palabra de bienestar, confianza y solidaridad. El nuevo decreto dice que Jerusalén ya ha pagado suficientemente por su culpa y que será liberada de la cárcel y se le permitirá volver a casa. Se trata de un anhelado pero improbable anuncio de liberación. Jerusalén está a punto de acabar su desolado estado de abandono.

El mensajero enviado ha de hablar fuerte y claro. El «heraldo de Jerusalén» pregona la victoria y el retorno a la casa de Dios. El heraldo ha de anunciar el decreto nuevo de Dios, que cambiará decisivamente la historia y el destino de la comunidad que escucha. La palabra que ha de ser dicha sin ninguna clase de vergüenza es «Aquí está vuestro Dios». Aquel que parecía que había sido vencido ahora se manifiesta en la gloria. La palabra del mensajero quiere mostrar a Dios haciendo cosas nuevas, cuando nada parecía posible.

La nueva disposición de Dios es evidente en la colosal procesión a través del desierto para hacer posible un nuevo comienzo de la comunidad de Israel. El lenguaje es sorprendente: Dios se presenta como un guerrero poderoso –«su brazo manda»– que, a la vez, es tan gentil como un pastor y tan tierno como una niñera, que cuida a los débiles y a los vulnerables. El pueblo que no tenía futuro ahora, de manera inesperada, es consolado por el Dios poderoso y tierno.

2 lectura: 2 Pedro 3,8-14
Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva.

Esta lectura se enfrenta con uno de los problemas graves de la Iglesia de los orígenes: el retraso del retorno de Jesús y la dejadez moral que solía ir acompañada de una perspectiva escéptica y burlona. El fragmento que hoy proclamamos de la segunda carta de Pedro nos recuerda cuáles son las implicaciones de una fe escatológica. El texto usa las imágenes usuales de los textos apocalípticos: el ladrón en la noche, la disolución cósmica, el fuego y el cielo

nuevo y la tierra nueva. Probablemente el autor se encontraba ante un mundo helenizado en que los antiguos símbolos habían perdido significado.

Los escépticos se burlan del retraso de la segunda venida de Cristo y viven como si no hubiera de haber juicio. Los argumentos de nuestro texto son diversos. Por un lado trata del tema del retraso de la Parusía desde el punto de vista de la limitación humana: la perspectiva de Dios no se puede comparar con el tiempo y la mortalidad de los humanos (es un tema que ya aparece en el salmo 90,4); pero Dios está comprometido con su promesa: la paciencia divina es un signo de gracia divina, que alarga el tiempo para la conversión. Esta es la interpretación adecuada del retraso, desde el punto de vista humano, del Adviento definitivo.

El autor usa también dos imágenes relacionadas con la venida del «día del Señor»: el ladrón, que sugiere una realidad súbita e inesperada, para la cual no hay tiempo para la especulación ni para el cálculo del momento preciso; la disolución del orden creado, mediante el fuego, denota la quema de todo lo que es accesorio y la pervivencia de lo perdurable, valioso y digno. En lugar del escepticismo y del cinismo, la esperanza cristiana mira hacia el cielo y la tierra nuevos; la preparación adecuada del futuro es una vida de «santidad» y de «piedad», en un compromiso firme por la «paz».

3 lectura: Marcos 1,1-8
Allanad los senderos del Señor.

El comienzo del evangelio según Marcos es abrupto y un poco decepcionante: no hay anuncios angélicos ni indicios de la importancia de Cristo en la creación que indiquen el inmenso valor de la narración que seguidamente vendrá. Marcos comienza prestando atención a la persona que le precede, Juan, el que «prepara el camino». De hecho, la llegada de Juan es objeto de profecía y, a la vez, él mismo profetiza la venida de Jesús. Las citas bíblicas son tomadas de Malaquías 3,1 y de Isaías 40,3; la descripción del vestido identifica a Juan con la tradición de Elías (2 Reyes 1,8). La actividad principal asociada con Juan es el anuncio de aquel-que-ha-de-venir.

El evangelio según Marcos, que comienza de esta manera tan singular, es una invitación a los discípulos y personas que escucharán o leerán su evangelio a seguir el camino de Juan y de Jesús; y este no es un camino fácil sino que lleva al aislamiento en el desierto, a la proclamación y, también, como se verá más adelante, al riesgo de la traición y de la muerte.

Joan Ferrer

Inmaculada Concepción

1 lectura: Génesis 3,9-15.20
Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer.

El libro del Génesis comienza con el gran poema de la creación, que no pretende ser una crónica de un hecho que se sitúa en el origen del tiempo –esto sería impensable para el pensamiento de Israel, porque nadie puede estar filmando o haciendo una crónica de este misterio– sino que es una alabanza a Dios por lo que ha hecho, que es bueno. La culminación de la obra creadora son el hombre y la mujer, creados a imagen del Creador. Esta obra merece una alabanza del mismo Dios: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno».

Los sabios de la Biblia, sin embargo, se sintieron intrigados por saber cómo el mal, que todos experimentamos en nuestras vidas, había llegado a hacerse presente en una creación buena... Entonces explican la narración del jardín: un ser creado –una serpiente–, que evidentemente no pertenece a la historia porque los animales no hablan, hace escuchar su palabra, y el hombre y la mujer prefieren escuchar esta voz antes que la voz del mismo Dios. San Agustín denominó este hecho con un término que no aparece en la Biblia: «pecado original». Fácilmente podemos entender que el pecado es escuchar otra voz, que no es la voz amorosa de Dios.

La liturgia de hoy nos propone escuchar la última parte de esta narración. Es fundamental la pregunta inicial de Dios: «¿Dónde estás?». A menudo se ha creído que es la pregunta del fiscal que se dispone a condenar, pero toda la narración nos indica que es la pregunta del Padre que se alarma cuando se da cuenta de que ha perdido el contacto visual con los hijos que ama. El sentido es: si no te veo podría ser que te hubiera ocurrido alguna cosa, y esto me hace sufrir porque te amo.

El diálogo que encontramos a continuación es un testimonio de la ruptura de la solidaridad humana. De esta deriva la vergüenza y las acusaciones mutuas. La armonía original de la creación se ha roto.

La maldición solo tiene por objeto a la serpiente, que muerde traidoramente el talón del hombre que trabaja la tierra.

El relato acaba con una promesa de vida, porque el Dios creador amoroso es el Señor de la vida.

2 lectura: Efesios 1,3-6.11-12
Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo.

Pablo acostumbra a comenzar sus cartas con una fórmula de acción de gracias a Dios por su acción en la vida de la comunidad a la cual se dirige. La carta a los Efesios, obra probablemente de un discípulo de Pablo, comienza también

de esta manera alabando a Dios por los dones que ha hecho a la humanidad. La palabra «bendito» en griego se puede referir tanto a un acto de acción de gracias o de alabanza como al acto de otorgar un don a alguien. De ahí que el sentido es que Dios es bendito por las bendiciones que nos ha concedido, que toman todas las formas concebibles.

La primera constatación es que es imposible concebir un tiempo en que Dios no hubiera escogido a la humanidad. Esta elección crea un pueblo destinado a la santidad, porque Dios quería que fuésemos «en la persona de Cristo...sus hijos». Todo lo que ha ocurrido ha sido posible como resultado de la voluntad de Dios, y tiene como resultado que «la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya». Ante la elección eterna de Dios en favor de la humanidad; ante la revelación que Dios ha hecho de su Hijo, ante la gracia de Dios, la única respuesta adecuada es la alabanza.

3 lectura: Lucas 1,26-38

Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

El evangelio de la Anunciación nos presenta el inicio del cumplimiento del plan de Dios. El Dios que pregunta «¿Dónde estás?» anhela estar con las personas que ha creado y realiza aquello que solo Dios puede hacer: el niño que nacerá de María será «Hijo de Dios». El plan de Dios se ha ido realizando en el corazón de la historia «del pueblo de Israel» y ahora llega al inicio de la plenitud.

Para que el proyecto de Dios pueda llegar a buen puerto es necesario que una muchacha quiera escuchar la voz de Dios, al contrario de lo que ocurrió en aquel jardín de los inicios. La joven es María, que escucha y responde: «Aquí está la esclava del Señor». En la biblia esto que dice María no es una expresión de humildad, sino la decisión radical de adherirse sin reservas al mismo Señor.

Dios no sabía dónde estaban Adán y Eva, pero ahora hace una afirmación colosal: «El Señor está contigo». La Madre del Mesías traerá a la tierra la presencia definitiva de Dios, que transformará a toda la humanidad por siempre porque «su reino no tendrá fin».

María Inmaculada es signo de la totalidad del amor: del amor de Dios que llega a la plenitud, y del amor de una mujer que ha escuchado de verdad la palabra de Dios y la ha acogido como la única fuente de vida. Los tiempos de los orígenes llegan a la plenitud en el tiempo del Mesías Jesús, hijo de María.

Joan Ferrer

Domingo 3 de Adviento / B

1 lectura: Isaías 61,1-2a.10-11
Desbordo de gozo con el Señor.

Se presenta en primera persona un personaje llamado a proclamar de parte de Dios un mensaje de salvación y de gozo (v. 1). Él mismo describe su unción solemne. No dice quién es. Ni siquiera se llama a sí mismo profeta. Pero posee las dos cualidades fundamentales de un profeta: la elección-unción y el envío a anunciar la palabra. Con el don del Espíritu, Dios lo capacita y lo reviste de autoridad para la misión.

Su misión es anunciar una «buena noticia» a los que sufren, «vendar los corazones desgarrados» y proclamar la liberación a los cautivos (v. 1). Su anuncio alcanza al hombre entero, en su interioridad y en su situación social. Recuerda la llegada del «año del jubileo», cuando las deudas eran perdonadas y los esclavos eran puestos en libertad (cf. Lv 25,10). La expresión «año de gracia» traduce el hebreo *shenat ratsón*, que literalmente quiere decir: «año aceptable, año favorable». Llega un tiempo en que Dios se manifestará especialmente misericordioso y cercano, sanando y liberando a quienes sufren y viven en la opresión.

Los vv. 10-11, que se refieren a la ciudad de Jerusalén personificada, describen la respuesta del pueblo ante el mensaje del profeta. Los pobres de la ciudad han experimentado su anuncio como alegre y liberador. Se descubren «vestidos» por Dios con «un traje de gala», expresión de su premura y de su amor (v. 10). A la imagen del vestido, sigue la metáfora vegetal: la ciudad es descrita como un frondoso jardín, en donde ha florecido la justicia y la liberación, desde donde se elevan cantos de alabanza en honor del Señor, que todos los pueblos podrán oír (v. 11).

2 lectura: 1 Tesalonicenses 5,16-24
Custodiad vuestro espíritu, alma y cuerpo, hasta la venida del Señor.

En la exhortación conclusiva de la primera carta a los Tesalonicenses, el Apóstol vuelve a proclamar la venida de Jesucristo y su convicción de fe en la fidelidad de Dios (v. 23). La acción fiel del «Dios de la paz» hace posible la consagración del creyente, mientras vive en la espera del Señor.

Al creyente le corresponde la apertura a la acción de Dios (vv. 17-19: «sed constantes en orar», «dad gracias en toda ocasión», «no apaguéis el Espíritu») y la búsqueda inteligente de los auténticos valores que llevan a la santidad (vv. 20-22: «no despreciéis el don de profecía», «examinadlo todo, quedándoos con lo bueno», «guardaos de toda forma de maldad»).

3 lectura: Juan 1,6-8.19-28

En medio de vosotros hay uno que no conocéis.

En el prólogo del cuarto evangelio, Juan Bautista es presentado como un «testigo», que llega para «dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe» (vv. 6-8). El evangelio de Juan concibe la obra de Jesús como un gran proceso jurídico en el que se enfrentan la luz y las tinieblas, el mundo y Cristo (cf. Jn 9,39; 12,31). En este juicio dan testimonio de Jesús las Escrituras (Jn 5,39), las obras que él mismo realiza (Jn 10,38-39) y sobre todo el Padre (Jn 5,31-38; 8,18). Pero Juan es el primero que da testimonio. Es el testigo por excelencia que proclama a Israel el misterio de Jesús.

Las autoridades religiosas judías («los judíos») envían una comisión de sacerdotes y levitas para interrogar a Juan sobre su identidad y su misión (v. 19). Él confiesa que no es el Mesías. Negando además ser Elías (cf. Ml 3,1-3.23) o el profeta esperado (cf. Dt 18,15), personajes que aparecerían al final de los tiempos precediendo la llegada del Mesías, no se atribuye tampoco ninguna función mesiánica. Juan responde con las palabras del Deutero-Isaías, citadas según la versión griega de los LXX: «Yo soy la voz del que grita en el desierto» (v. 23; cf. Is 40,1,3). Juan simplemente representa la antigua voz de los profetas y encarna las promesas de las Escrituras.

Los mensajeros de Jerusalén lo interrogan sobre la autoridad y el sentido del bautismo que administra en el Jordán. Su bautismo «con agua» tenía la función de preparar la venida del Señor, comprendía la confesión de los pecados y significaba la conversión del hombre ante Dios, que vendría muy pronto a bautizar en el Espíritu Santo (cf. Jn 1,33). Juan polariza toda su atención en Cristo, declarando su presencia todavía oculta (v. 27). Probablemente él mismo vive de la certeza interior y oscura de la fe.

Para Juan, este personaje misterioso y desconocido para todos, es más importante que él, aunque haya nacido después de él y venga después de él (v. 27). El Mesías está por llegar. Lo decisivo del momento es identificar a Aquel que viene.

Silvio José Báez

Domingo 4 de Adviento / B

1 lectura: 2 Samuel 7,1-5.8b-12.14a-16

El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor.

2 Samuel 7 es un texto fundamental para comprender la teología mesiánica de la Biblia. Representa el vértice de toda la historia de David, cuya verdadera grandeza no radica en las proezas militares que realizó o en su sagacidad política para gobernar, sino en la promesa que recibió de parte de Dios acerca de la perennidad de su reino.

El texto juega con el doble sentido de la palabra «casa» (en hebreo: *bayit*), que puede significar, tanto el edificio material, como la dinastía monárquica. El rey quiere construir al Señor una «casa», (vv. 1-2). Al deseo del rey se opone la decisión de Dios, manifestada a través del profeta Natán, de no quedar limitado a un espacio sagrado, sino de estar presente en la historia, simbolizada aquí por la descendencia davídica (vv. 5-6.11-12). Al deseo de David, de construir al Señor una *casa* material, se contrapone la palabra de Dios que promete fundar una *casa* en la historia, una dinastía que se consolidará gracias a su promesa: «Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia; tu trono permanecerá para siempre» (v. 16).

2 lectura: Romanos 16,25-27

El misterio, mantenido en secreto durante siglos, se ha manifestado.

Al final de la carta a los Romanos, Pablo habla del misterio «mantenido en secreto durante siglos eternos». El texto griego se refiere literalmente al misterio «mantenido en *silencio*» (griego: *mysterion sesigemenon*) (v. 25). Hay un silencio eterno, intemporal, del que brota el *mysterion*, para manifestarse en la historia. Un misterio ahora revelado y manifestado. «Por decreto del Dios eterno» la historia ha llegado a su plenitud con la venida Jesucristo. Las naciones pueden ahora llegar «a la obediencia de la fe».

3 lectura: Lucas 1,26-38

Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo.

En el relato de la Anunciación Lucas se inspira con libertad en dos esquemas narrativos o géneros literarios del Antiguo Testamento: el anuncio de un nacimiento (cf. Jueces 13: Sansón) y el relato vocacional (cf. Jueces 6,11-24: Gedeón) Por medio del primer esquema, centra su atención sobre el niño que será concebido, presentándolo desde el inicio como Mesías e Hijo de Dios; por medio del segundo, Lucas se interesa por la figura de María y por su vocación a la maternidad (v. 31), estrechamente ligada a su actitud de fe (v. 38).

El texto no es un relato biográfico, sino una reflexión teológica que tiene como objetivo presentar a Jesús, a la luz de la experiencia y de la fe pascual, desde el mismo inicio de su concepción. Como en muchos «relatos de inicio» en la Biblia (por ejemplo, el relato de la creación), el inicio se pone en relación absoluta y directa con Dios y pertenece al ámbito de la fe. Esta es la función del ángel en el relato de la anunciación: el anuncio de la concepción virginal de Jesús no es el resultado de una reflexión humana, sino auténtica revelación divina.

María es «una virgen, desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David» (v. 27). No obstante su condición de prometida o desposada con José, María es una joven que no ha tenido relaciones sexuales con ningún hombre. Su virginidad es la condición para una obra inaudita de parte de Dios: una intervención creadora del Espíritu en ella (v. 35). José pertenece a la casa de David. Por tanto el niño que nacerá de María, la «llena de gracia» (v. 28), será legalmente descendiente de David y, en este sentido, poseerá la condición legal para ser el Mesías.

Las expresiones de los vv. 32-33 explican la identidad del niño con expresiones típicas del mesianismo davídico de Israel: «Hijo del Altísimo», «el Señor Dios le dará el trono de David su padre», «reinará sobre la casa de Jacob para siempre». En el v. 35, en cambio, la identidad del niño es presentada en términos que superan las expectativas mesiánicas del pueblo hebreo y se identifican con las confesiones de fe de la iglesia primitiva: «Por eso el Santo que va a nacer, se llamará Hijo de Dios». El niño no será un simple descendiente davídico, que llegando al trono de Israel se vuelve hijo que Dios reconoce como su representante. En el seno de María, por medio de la acción creadora del Espíritu de Dios, será engendrado el Hijo de Dios, que por su absoluta y constitutiva relación única y eterna con Dios, será la misma presencia del Dios Santo en medio de los hombres.

Delante del anuncio de su próxima maternidad, María «la sierva del Señor», proclama su disponibilidad obediente y gozosa a los planes de Dios.

Silvio José Báez

Navidad. Misa del día

1 lectura: Isaías 52,7-10

Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

Lo que se denomina «Segundo Isaías» (cc. 40–55) tiene como trasfondo la dominación de Babilonia como potencia dominante en el Próximo Oriente, que acabará conquistando Jerusalén y deportando la población política y religiosa más significativa. Aunque nuevas esperanzas se despiertan ahora en los exiliados: otra potencia, Persia, encabezada por el rey Ciro, conquistará el imperio babilónico que parecía indestructible; Ciro será más tolerante con las costumbres religiosas de cada nación y los exiliados podrán volver a Israel y restaurar el culto en Jerusalén (538 aC.).

Esta es la Buena Noticia que anuncia el mensajero a la ciudad de Sión: Dios vuelve a ser el único y verdadero rey de Israel. El texto de Isaías es una idealización, ya que Israel seguirá dominado por una potencia extranjera, aunque más tolerante, y el retorno de los exiliados no será nada fácil porque encontrarán mucha hostilidad entre los habitantes ya instalados en Jerusalén. Pero el profeta Isaías ve a Dios actuar en la historia, y presenta el retorno de los exiliados como un acontecimiento que recuerda la salida de Egipto; la restauración del pueblo de Israel será entendida como una nueva creación. El profeta, entusiasmado, entona un canto dirigido a las ruinas de Jerusalén, las invita a cantar con alegría; la restauración es comparable a la máxima comunicación con Dios: verle cara a cara. El pueblo reconstruido pasa a ser un testimonio para todos los pueblos.

Con el nacimiento de Jesús una nueva etapa de liberación empieza para toda la humanidad, él llevará la Buena Noticia por los caminos de Israel, anunciando la paz y siendo él mismo la redención. Después de su muerte y resurrección será salvación que se propagará por toda la tierra.

2 lectura: Hebreos 1,1-6

Dios nos ha hablado por el Hijo.

Haciendo una alegoría con la terminología ritual, la carta a los Hebreos afirma que Jesús purificó realmente los pecados no a través de sacrificios cultuales, sino a través de su muerte en cruz. De esta manera se resume su obra de rescate llevada a cabo no solo con su vida, sino también con su muerte y resurrección.

Nuestro texto cita el salmo 2: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado», que la liturgia aplica al momento de la encarnación. Más probablemente, sin embargo, según el contexto de la carta, no se refiere al nacimiento de Jesús, sino a su exaltación después de la pasión. De todas maneras, el misterio de la encarnación no se puede

separar del misterio pascual, su nacimiento es ya el primer peldaño de una vida de abajamiento que lo llevará a la cruz (Flp 2,6-9), y solo pasando por ella «está sentado a la derecha de su majestad en las alturas» (Heb 1,3).

3 lectura: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

En el prólogo del evangelio de san Juan encontramos un «concentrado», una síntesis introductoria, y a la vez una interpretación de todo el Evangelio y del misterio de la encarnación. En pocas palabras se describe el proyecto creador de Dios que abre una época nueva en la Historia. La trama del drama es que Jesús, identificado con la Palabra de Dios, se hizo hombre, pero el pueblo de Israel no lo reconoció y lo rechazó hasta llevarlo a la cruz. Jesús resucitado, finalmente, venció a la muerte como la Luz vence a la oscuridad (1,5).

En Eclesiástico 24 se puede ver el deseo de la Sabiduría, que estaba cerca de Dios ya antes de la creación (Pr 8,22-24.27), de buscar un lugar en el que habitar en la tierra, y al fin instala su tienda (usando la imagen de los nómadas del desierto) entre los descendientes de Jacob; el escrito del Eclesiástico va concretando cada vez más: en la montaña de Sión, en Jerusalén, y finalmente en el Templo. Según el prólogo de san Juan, la Sabiduría, la Torá o la Palabra de Dios (términos que llegan a confundirse) ya no habita en el Templo, sino que ha recorrido los caminos de Israel para poder ser la Vida y la Luz de todos los hombres (Jn 1,9).

Los que sí lo acogen se convierten en «hijos de Dios» (12), y pueden contemplar su gloria que es el resplandor de su esencia como plenitud de gracia y verdad. Estas dos palabras son la traducción griega de la definición de Dios como misericordia (*hesed*) y fidelidad (‘*emet*) de Éxodo 34,6.

Antoni Pou

Sagrada Familia / B

1 lectura: Génesis 15,1-6; 21,1-3
Te heredará uno salido de tus entrañas.

En el capítulo 12 del Génesis empieza la historia de los Patriarcas y se nos cuenta la vocación de Abrahán, el cual recibe la promesa de convertirse en un gran pueblo gracias a la bendición de Dios. En el capítulo 15, Dios vuelve a pactar una especial alianza con Abrahán y este, que aún no tiene descendencia, y así lo expresa, escucha la palabra del Señor que le dice: «Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes. Así será tu descendencia» (v. 5). Será padre y será bendecido, pero antes es puesta a prueba, dramáticamente, su fe.

La fe de Abrahán es tenida en cuenta, y así el Señor le da, como justa recompensa, el don de la descendencia tal como se relata en Génesis 21, pasaje donde se nos explica cómo Sara concibió después de haber sido estéril hasta su vejez.

El nombre puesto al hijo es el de Isaac, el cual, de acuerdo con la raíz hebrea de la palabra, tiene que ver con la risa de su madre. Según Génesis 21,6 Sara dijo: «Dios me ha dado de qué reír, todo el que lo oiga reirá conmigo», por el hecho de haber tenido un hijo en su vejez.

Con el nacimiento de Isaac, los dos padres, Abrahán y Sara, experimentan la fidelidad de Dios después de ser duramente puestos a prueba. Su familia se convierte en un signo de la fe humana y del amor de Dios.

2 lectura: Hebreos 11,8.11-12.17-19
Fe de Abrahán, de Sara y de Isaac.

La carta a los Hebreos es un escrito de ánimo en el que se combinan fragmentos doctrinales y exhortaciones prácticas y concretas. El autor remarca muy especialmente el alcance de la obra de Cristo, en quien podemos tener plena confianza. El fragmento de la fiesta de hoy tiene una coloración exhortativa y se fija especialmente en la fe de los antepasados.

Con la finalidad de exhortar a los cristianos a la fe, a partir de Heb 10,19, el autor destaca una serie de motivos para perseverar en ella. El primero de estos motivos es la misma intercesión de Cristo por nosotros (He 10,19-25). Después de dar algunos motivos –como son el castigo que merece la apostasía, o el recuerdo de la propia conversión a Cristo (denominada iluminación en Heb 10,32)– otro motivo es la fe de los antepasados. En primer lugar, Abel, Enoc, Noé (Heb 11,4-7). Después de estos primeros viene Abrahán, heredero de la promesa que le hizo el Señor y, por eso, capaz de ponerse en camino (vv. 8-10); además fue también capaz de ofrecer a su único hijo, lo que con-

tenía un símbolo de la resurrección (vv. 17-19). También se cita a Sara, la mujer creyente que tuvo plena confianza en Dios, el Señor, que le había hecho la promesa de fundar un linaje (vv. 11-12).

3 lectura: Lucas 2,22-40

El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría.

En el evangelio de la presentación de Jesús en el Templo (Lc 2,22-40) destaca el valor del Templo de Jerusalén en la espera del Mesías y, al mismo tiempo, permite a los que tenían relación con el templo, como Simeón y Ana, dar testimonio de Jesús. Los diversos ritos que se cumplen eran los prescritos por la ley judía. La presentación de Jesús hace pensar, por otro lado, en la dedicación de Samuel (1Sam 1,21-28), hecha por su madre.

En esta ocasión, Simeón, hombre fiel a la Alianza y expectante por la venida del Mesías, movido por el Espíritu Santo se dirige al templo cuando Jesús era presentado. Proclama entonces el último cántico de los evangelios de la infancia en una declaración en la que sobresale la gran obra de salvación de los pueblos que sucederá por medio de Jesús. Con palabras próximas a uno de los cánticos de Isaías: «Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra» (Is 49,6), Simeón presenta a Jesús como luz que se ha de revelar a las naciones para gloria de Israel, el pueblo del Señor. Tal como Lucas remarca especialmente, la obra de Dios es, sobre todo, obra de salvación.

Seguidamente, dirigiéndose a María, Simeón le predice que el Mesías será también un Mesías sufriente, y que ella participará de sus sufrimientos. La espada es comparable al camino que tendrá la Palabra del Mesías, que revelará «la actitud de muchos corazones» (v. 35).

Por otro lado, la profetisa Ana, presente también en el Templo, es descrita no como una espectadora pasiva, sino como una mujer de oración que es capaz de captar la misión de aquel niño y de dar gracias a Dios por él. Seguidamente, Ana, como profetisa, empieza a explicar a la gente que la redención llegaría a través del niño que en aquellos momentos era presentado en el Templo. Esta redención llegaría, en primer lugar «a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén» (v. 38).

Damià Roure

Santa María, Madre de Dios

1 lectura: Números 6,22-27

Invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré.

El libro de los Números habla de la organización del pueblo de Israel en doce tribus. La plegaria de bendición, que encontramos en esta perícopa, es la que usaban los sacerdotes para el pueblo judío y es una belleza extraordinaria.

Es un pequeño texto en el cual se condensa una excelente definición de nuestro Dios. Se habla de un Dios que vela por los hombres, que los cuida y que los mira con su mirada amorosa, consciente de que solo su amor puede liberarles de todos los males que sufren: los miedos, las angustias y frustraciones que acompañan a la vida.

Un Dios que, como dice el texto, fija su mirada en cada uno de nosotros porque cuida de todas y cada una de las ovejas del rebaño. No deja que se pierda ninguna y nos ayuda a vivir en el calor de su mirada, de manera que somos bendecidos por su voluntad y por su iniciativa.

Por lo tanto, el texto nos hace conocer el Dios amor que nos ama incondicionalmente como una madre a su hijo y el Dios que quiere que vivamos en paz con nosotros y con los demás.

2 lectura: Gálatas 4,4-7

Envió Dios u Hijo, nacido de una mujer.

La carta a los Gálatas trata de la controversia sobre si los cristianos que provenían del judaísmo debían o no seguir bajo la Ley de Moisés.

Pablo empieza recordando dos cuestiones: que Jesús era un hombre «nacido de mujer», en una de las pocas alusiones que encontramos en sus escritos a la Madre de Dios, y que tenía que cumplir la Ley porque era judío. La intención teológica del apóstol es mostrar a los gálatas que antes de que Dios enviara a su Hijo Jesucristo, la humanidad estaba sometida a la Ley, pero que con Cristo el hombre ha sido liberado del terrible peso de cumplirla. La Ley era necesaria pero no era definitiva; la Ley se había convertido en un yugo pesado que esclavizaba al hombre, porque por sí mismo nadie es capaz de cumplir todos los preceptos.

Con la venida de Jesucristo los hombres se convierten en hijos de Dios y esta filiación les hace herederos y no esclavos de normas y preceptos, porque Dios así lo ha querido. Además, Dios, al enviar a Jesucristo, posibilita una nueva relación con los hombres, más amorosa y cercana. El hombre puede dirigirse a Dios como hace Jesús cuando ora (cf. Mc 14,36) porque Dios ha enviado «el Espíritu de su hijo que clama: "¡Abba! Padre"».

3 lectura: Lucas 2,16-21

A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús.

El pasaje empieza con la indicación de que los pastores «fueron corriendo» porque desde el momento que se habían levantado dispuestos a encontrar al niño que los ángeles les habían anunciado, ya habían creído. Poco después, cuando el evangelista describe que se volvieron, corrobora que ya no eran los mismos porque daban gloria y alabanza a Dios, es decir, habían creído que ese niño acostado en el pesebre en su pequeñez y fragilidad, era el Mesías, el Señor (Lc 2,11). Es la fe de los sencillos y limpios de corazón que confían plenamente en Dios.

También hay que fijarse en la figura de María de quien el evangelista dice que «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón», la intención de Lucas es presentar a María intentando comprender el sentido de todo lo que estaba viviendo y las palabras de los pastores. María ha sido caracterizada no solo como la que ha creído en Lc 1,45, sino también lo será como la que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica en Lc 8,21, por tanto, los pastores le revelan que su Hijo es el Salvador y su actitud de recogimiento insinúa la actitud del creyente ante el misterio de la encarnación. Es la fe de una muchacha sencilla de Nazaret.

Los dos últimos versículos narran la circuncisión y la imposición del nombre de Jesús. Jesús queda marcado por la señal de la alianza (Gn 17,11), lo que lo incorpora oficialmente al pueblo de Israel. Los planes de Dios y la colaboración humana hacen posible lo imposible.

Mar Pérez

D. 2 del tiempo ordinario / B

1 lectura: 1 Samuel 3,3b-10.19
Habla, Señor, que tu siervo te escucha.

La lectura del Antiguo Testamento prepara para el evangelio, como es habitual en el tiempo ordinario, hoy con el tema de la vocación. Muchas cosas en la vida, sobre todo aquellas que son realmente importantes: la experiencia de tener un hijo, la muerte de un ser querido, estar enamorado… necesitan un ejemplo para ser explicadas, porque las palabras siempre se quedan pequeñas en el momento de narrarlo sin concretar.

Por eso, se nos explica la experiencia de Samuel que fue un personaje importante del pueblo de Israel, porque fue un hombre cuyo nacimiento fue posible gracias a la intervención de Dios en su madre, Ana, que era una mujer estéril. Ana le llevó al santuario de Siló para que fuera consagrado al Señor bajo la tutela de Elí, que era el sacerdote del santuario. El texto de hoy nos explica cómo durante la noche, el Señor llama a Samuel.

El chico no reconoce a Dios y necesita la ayuda de Elí para saber quién le está llamando. No es casual que el Señor le llame tres veces, porque las estructuras ternarias son propias de los textos bíblicos para expresar que la reiteración implica la totalidad. Igualmente, el texto está lleno de paralelismos y repeticiones que poco a poco desvelan a Samuel quién le está llamando.

La respuesta de Samuel dispuesto a escuchar la Palabra de Dios enlaza con el v. 19 cuando dice «el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse». Samuel se convierte en un hombre de Dios y, en consecuencia, su condición de profeta queda reafirmada ante su pueblo.

2 lectura: 1 Corintios 6,13c-15a.17-10
Vuestros cuerpos son miembros de Cristo.

La comunidad de Corinto, fundada por Pablo, fue una de las más difíciles para el apóstol. Tenía fama de ser una ciudad muy cosmopolita, donde vivía gente de muchos lugares del imperio y donde se veneraban a muchos y diferentes dioses; igualmente, era conocida por ser moralmente permisiva, ya que la ciudad tenía numerosas prostitutas y también un santuario de prostitución sagrada. De hecho, no es extraño que fuera así, porque era una ciudad con dos puertos importantes donde se movía gran cantidad de dinero entre sus mercaderes, propiciando también el comercio de este tipo.

El cuerpo es del Señor y es nuestro, lo compartimos, igual que compartimos su Cuerpo en la Eucaristía. Los hombres necesitamos el cuerpo para relacionarnos con los demás desde el respeto y el amor, porque el cuerpo forma parte

de nuestra esencia. No podemos usarlo como si se tratara de un producto de compra y venta.

Ante la tentación a la que se enfrenta la comunidad cristiana, Pablo les da argumentos teológicos que dignifican al cuerpo. Empieza afirmando que Dios resucitará nuestros cuerpos y a continuación dice que son miembros de Cristo y santuarios del Espíritu, porque Él nos ha salvado del pecado y nos ha posibilitado que seamos hijos de Dios.

3 lectura: Juan 1,35-42

Vieron dónde vivía y se quedaron con él.

Jesús es el protagonista del texto, como es propio del evangelio de Juan, donde Jesús está en el centro de todos los relatos. Todos los demás personajes que aparecen giran a su alrededor. Los dos discípulos del principio «fijándose en Jesús» exclaman que es «el Cordero de Dios», aludiendo al cordero pascual y también al Siervo sufriente de Isaías (cf. Is 53,4.7). Los dos discípulos le seguían y se dirigían a él llamándolo «Rabí» y reconociendo que es un maestro. Pero lo más interesante es lo que les responde Jesús: «Venid y lo veréis» cuando le preguntan dónde vive. Jesús les invita a creer en él. El evangelista usa el verbo «ver», muy habitual en Juan, para expresar la promesa que alcanzarán a ver, entendido como sinónimo de «creer», lo que no será posible hasta que Jesús se manifieste en su gloria en Jn 2,11.

En la segunda parte del texto se nombra a uno de los dos discípulos citados anteriormente, Andrés, que tiene un hermano llamado Simón Pedro. Cuando Andrés invita a su hermano a conocer a Jesús, lo llama «Mesías», título que implica la aceptación de Jesús como el Ungido por Dios Padre. Además, aparece el cambio de nombre de Simón Pedro, indicando, como siempre en la Biblia, que tendrá una misión importante que realizar.

Esta llamada de los discípulos joánica también se encuentra en los evangelios sinópticos (cf. Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11), pero es difícil armonizarlas con la de Juan, porque Juan no explica una segunda llamada sino que los discípulos más íntimos le siguen sin dudar ni un segundo, y porque, además, los discípulos son quienes dan el primer paso, mientras que en los sinópticos es Jesús. Por tanto, podemos concluir que no había una tradición universalmente conocida sobre la vocación de los discípulos, pero esta es la riqueza de tener cuatro versiones de la historia de Jesús y no una.

Mar Pérez

Epifanía del Señor

1 lectura: Isaías 60,1-6
La gloria del Señor amanece sobre ti.

Para entender esta lectura hay que contextualizarla en el período de después del exilio, cuando el pueblo de Israel regresa a Jerusalén y ante las dificultades que encuentra como pueblo que ha de reconstituirse, se siente sin fuerza para serlo. Los israelitas necesitan ánimo y esperanza. El profeta Isaías con un lenguaje poético y simbólico les alienta y anuncia la alegría del regreso de los desterrados.

La luz de Dios invade todo el texto obligando casi a cerrar los ojos. Se necesita la fuerza del alba de Dios que hace desaparecer los densos nubarrones sobre la tierra, para que la gloria de Dios brille sobre Jerusalén otra vez. La luz llena la ciudad de Jerusalén, mientras que el resto de los pueblos permanecen a oscuras. Todos se reúnen, hombres y mujeres que maravillados volverán a tener una descendencia, un futuro.

Cuando la tierra prometida se dé cuenta de su resplandor, pueblos de todas las naciones aportarán sus riquezas, oro e incienso, para hacerlas aún mejor, pero sobre todo para alabar la grandeza de Dios. La ciudad celebrará la plenitud de su amor con el Señor y se anunciará la alegría y la salvación universal que parte de Jerusalén hacia todos los pueblos de la tierra. Esta última idea se abría paso poco a poco en el pensamiento judío, tradicionalmente contrario a la apertura del mensaje a los demás pueblos. Israel es el pueblo elegido para ser el que hable al mundo de Dios; es el universalismo y no el exclusivismo de Israel lo que caracteriza el verdadero Dios de Israel.

2 lectura: Efesios 3,2-3a.5-6
Ahora ha sido revelado que los gentiles son coherederos de la promesa.

La carta a los Efesios es considerada por la mayoría de exegetas propia del círculo paulino, pero del apóstol Pablo. En esta perícopa se explica que Dios se le ha revelado personalmente al apóstol y le ha hecho saber que gracias a la fuerza del Evangelio, que es Jesús mismo, todas las naciones han recibido la promesa de salvación de Dios.

Pablo manifiesta en sus cartas que es el apóstol de los gentiles (cf. Rom 11,13; 15,16-18; Ga 1,16) y expresa la voluntad de llevar la buena noticia a los gentiles mientras que Pedro la lleva a los judíos (cf. Ga 2,8-9). Está absolutamente convencido de que la salvación y el amor de Dios que se ha manifestado a través de Jesucristo es universal y consecuentemente todos los hombres son sus destinatarios.

La imagen del cuerpo que comparte una misma promesa y que forma una única realidad con miembros complementarios que han recibido de los

apóstoles y de los profetas lo que Dios nos ha revelado por el Espíritu es un concepto usado otras veces por Pablo para expresar la comunión de todos los hombres y de todos los pueblos (cf. Rom 12,4-5). Ahora ya no hay diferencias todos son uno en Jesucristo (cf. Ga 3,28).

3 lectura: Mateo 2,1-12
Venimos a adorar al Rey.

Los dos primeros capítulos del evangelio de Mateo, igual que los dos primeros del evangelio de Lucas, son llamados «los evangelios de la infancia», porque añaden al texto del evangelio de Marcos, más antiguo que estos, las narraciones del nacimiento de Jesús. Son textos con una intención claramente teológica, por cuyo motivo aparecen numerosas citas del Antiguo Testamento que corroboran las palabras del evangelista.

Además, Mateo es el único evangelista que narra el episodio de los magos de Oriente. Estos personajes representan a los que vienen de lejos, que en los textos bíblicos siempre se identifican con los gentiles, con los que no pertenecían al pueblo de Israel. Los magos se alegran de encontrar al niño y cuando encuentran al niño con María, su madre, «cayendo de rodillas lo adoraron», reconociéndolo como el que había sido enviado por Dios, y ofreciéndole todos los bienes de la tierra, simbolizados en el oro, el incienso y la mirra.

Contrariamente a la actitud de los magos de Oriente, Herodes, los sumos sacerdotes y los escribas se inquietan al saber que un niño que ha de nacer será el Mesías de Israel. Representan al rechazo del pueblo judío ante el mesianismo de Jesús, y el evangelista anticipa lo que le sucederá al final del evangelio. A pesar de que conocen bien las Escrituras, no saben reconocer en la pequeñez y la debilidad del niño, al Mesías. Les sucederá lo mismo al final de la narración de Mateo, cuando Jesús crucificado no sea reconocido como Hijo de Dios. Por lo tanto, la narración de hoy anticipa cómo las autoridades de Israel recibirán y tratarán a Jesús al final del evangelio.

Mar Pérez

Bautismo del Señor / B

1 lectura: Isaías 55,1-11
Acudid por agua; escuchadme, y viviréis.

El final del libro del Deutero-Isaías termina con una invitación al pueblo de Israel a tomar parte en el banquete de la alegría divina. Después del exilio, Dios reconforta a su pueblo con su amor, simbolizado en un banquete escatológico donde habrá de todo (cf. Ex 12; Is 25,6; 65,11-15). El profeta usa un tono festivo y muchos imperativos para animar a Israel a acudir al banquete.

La única condición es tener sed, por eso el capítulo empieza con una exhortación a los «sedientos», que solo pueden ser saciados por el agua del Señor (Jn 4,14). El elemento del agua es una imagen recurrente para expresar la manifestación de Dios y la ayuda que le ofrece al hombre. Desde siempre en todas las culturas del Mediterráneo el agua ha sido preciada como un bien necesario para la vida. Por eso, que Dios sea el agua que quita la sed, tal como dice el profeta, fecunda al hombre, como la tierra es fecundada por la lluvia.

Ahora bien, los caminos del Señor siempre serán desconocidos para el hombre. Por eso, cuando el hombre intenta entender a Dios es incapaz de hacerlo, porque como dice el Señor «mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos», porque Dios está más allá del hombre, pero dejando siempre su palabra como pan de vida (Jn 6,32).

2 lectura: 1 Juan 5,1-9
El Espíritu, el agua y la sangre.

El capítulo 5 de la primera carta de Juan empieza enlazando la fe en Jesús y el amor por los demás. Solo si somos capaces de creer que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, podremos amar verdaderamente a los que nos acompañan en el camino de la vida. Por lo tanto, el amor y la fe son presentados a la vez y los dos son necesarios, porque la fe es el conocimiento del amor personal de Dios. El que ama al Señor, conoce su amor, y este amor precisamente impulsa a amar a los demás y si esto es posible es gracias a Jesús, pues creyendo en él, se ama al mismo Dios.

Jesús es proclamado Hijo de Dios al empezar su ministerio terrenal cuando es bautizado por Juan (cf. Mc 1,11) y muere en la cruz, donde un soldado le traspasa con una lanza el costado del que sale sangre y agua (Jn 19,34).

El Espíritu da fe de ello, es su testimonio, y el Espíritu solo dice el nombre de Jesús. Y Jesús se convierte en sacrificio y donación, que posibilita la salvación de todos los hombres y mujeres en la

Iglesia, entendida como comunidad viva que testifica con el bautismo y la Eucaristía, la fe y el amor recibidos del Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo.

3 lectura: Marcos 1,7-11

Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto.

El Bautismo de Jesús en el Jordán es un acontecimiento que los cuatro evangelistas colocan al inicio de sus narraciones. Jesús es presentado como el hijo amado de Dios que está dispuesto a empezar su misión terrenal.

La narración del evangelio de Marcos empieza con un prólogo teológico integrado por un tríptico que precede y prepara la actividad pública de Jesús (1,1-13), en el cual encontramos el título (1,1), a Juan Bautista (1,2-8) y el bautismo y las tentaciones de Jesús (1,9-13).

En los versículos del bautismo encontramos en primer lugar a Juan Bautista que presenta a Jesús como alguien fuerte y poderoso que bautizará a los hombres con el Espíritu y no solo con el agua. Aun así, Jesús se acercó al Jordán para recibir el bautismo de Juan, pero entonces irrumpe la presencia de Dios que, rasgando el cielo, se manifiesta en Espíritu en forma de paloma para expresar la filiación divina de Jesús. El evangelista Marcos mediante esta teofanía reitera lo que dice en 1,1 cuando invita a los lectores a empezar el evangelio de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios.

Como consecuencia de lo que ha sucedido en el Jordán, gracias al bautismo todos los hombres podemos convertirnos en hijos de Dios, una filiación que no nos dará gloria ni poder, como no la dio a Jesús, sino que conllevará humillación y sufrimiento (cf. 8,34), y en definitiva, cargar con la cruz que corresponde a cada uno.

Mar Pérez